

VARIA

Nihil volitum quin praecognitum: algunas consideraciones sobre
el amor, el conocimiento y la razón

Nihil volitum quin praecognitum: Some considerations on love,
knowledge, and reason.

Ivannia Victoria Marín Fallas
Universidad de Costa Rica
ivannia.marinfallas@ucr.ac.cr

Recepción: 21/05/2025 – Aprobación: 06/05/2025

Resumen

Este artículo explora la relación entre el amor y el conocimiento en la filosofía de Baruch Spinoza. En primera instancia, se plantea que el amor activo no corresponde a una visión idealizada, sino todo lo contrario. Además, se define como un afecto alegre, producto de la actividad cognitiva más que de la afectación de otros cuerpos sobre el nuestro. En este sentido, el amor incrementa la capacidad de perseverar en el ser y de actuar en función de la conservación. Para ello requiere un enfoque distinto al método que autores como el célebre poeta romano Ovidio aplican al amor hacia las cosas singulares. A diferencia de este, el amor activo descarta supersticiones y prejuicios. Se despoja, en la medida de lo posible, del miedo y la esperanza, con miras hacia una comprensión más clara de la realidad.

Palabras clave: Spinoza, amor, conocimiento, filosofía moderna, ética.

Abstract

This article explores the relationship between love and knowledge in the philosophy of Baruch Spinoza. At first, it is argued that active love does not correspond to an idealized vision, but quite the opposite. Furthermore, it is defined as a joyful affect, the result of cognitive activity rather than the influence of other bodies upon our own. In this sense, love increases the capacity to persevere in one's being and to act in accordance with self-preservation. For this, it requires a different approach from the method used by authors such as the famous Roman poet Ovid in regard to love for singular things. Unlike this, active love discards superstitions and prejudices. It is stripped, as much as possible, of fear and hope, aiming toward a clearer understanding of reality.

Key words: Spinoza, love, knowledge, modern philosophy, ethics.

1. Introducción.

Es posible que una de las aspiraciones más nobles respecto de lo que se ama sea alcanzar un conocimiento claro y distinto de lo que esto es —aunque también se busque cierto provecho en el proceso— lo cual implica la exploración de las causas que lo hacen ser de tal forma e interactuar con el entorno de la manera en la que lo hace, aun si esto significa adoptar una perspectiva mucho más desencantada ante aquello que, en primera instancia, llegó a ser aprehensible tan solo de manera superficial y confusa; pero, quizá, mucho más amable, inocente —si se quiere—, sin aplicar al amor el coraje intelectual y el cuestionamiento riguroso del método. Como si éste no fuera, parafraseando a Rilke (2008: 111), un trabajo más o, como dirían otros tantos, un arte.

Puede concebirse como una disposición de ánimo que a menudo resguarda lo mejor de quien la experimenta e, incluso, como uno de los bienes más preciados, pero también más comunes, puesto que se origina del problema de la existencia misma. Para Spinoza consiste en “la alegría acompañada por la idea de una causa exterior” (E3. 13), una alegría de naturaleza positiva e ineludible.

Para no amar, dice el joven filósofo, haría falta no conocer, pero no conocer equivale a no ser, y del amor no habría que apartarse porque “sin algo de lo cual podamos gozar y que esté unido a nosotros y que nos reconforte, no podríamos existir”. Así, quien no ama es como si no hubiera nacido siquiera. Se siente, en ese encadenamiento de motivos abstractos, como un olor lejano de herida en carne viva. (Ceronetti, 2005: 38).

De acuerdo con lo anterior, a su vez, el amor podría entenderse como una forma de supervivencia o, al menos, una fuente de consuelo. Dado que es un estado mental que contribuye a nuestra conservación y bienestar, pues, “de acuerdo con la debilidad de nuestra naturaleza, necesariamente debemos amar algo y unirnos con ello para existir” (TB II, 5: 111).

Al afectar positivamente nuestra capacidad para perseverar en nuestro ser, el amor, al igual que otras pasiones derivadas de la alegría, incrementa nuestra fuerza vital y nuestra habilidad para actuar en función de nuestro bienestar. Lo hace sin importar su grado de perfección —si se relaciona con la imaginación, la razón o la intuición—. Tanto el amor a Dios como el amor a las cosas singulares, responde al problema de “cómo superar la separatividad, cómo lograr la unión, cómo trascender la propia vida individual y encontrar compensación” (Fromm, 2003: 23).

Sucede lo mismo con la perseverancia en el conocimiento a la cual nos motiva la ética spinoziana¹, con miras a su realización y a la obtención del género de libertad que este provee, fundamentada en la razón, en el acto de contemplar el carácter óptimo de todo cuanto somos y nos rodea, de estar en conformidad con la perfección de la naturaleza. Este tipo de amor, el amor adecuado, difiere de los tipos de amores comunes en una especie de beatitud que surge del conocimiento de Dios, una beatitud totalmente incompatible con la ambición de ganar el objeto amado o su afecto como si fuese un premio, la mejor oferta en el mercado² o un simple *φάρμακον* para la mente y el cuerpo. Este tipo de amor no es un afecto propiamente, aunque siga siendo una especie de amor, en la medida en la que cumple con la definición de ser una alegría acompañada por la idea de su causa. En este caso, de la idea de Dios.

Es un acto racional que se ejercita mediante cualidades como la atención, el análisis, la deducción y la formación de ideas claras y distintas sobre los objetos. “El amor nace, pues, del concepto y del conocimiento que tenemos de una cosa. Y cuanto mayor y más excelente se demuestre que es la cosa, tanto mayor también es en nosotros el amor” (TB II, 5: 110).

A su vez, requiere una transformación y un desprendimiento profundo, que no debe confundirse con un desapego hacia lo material o nuestros semejantes. Es

¹ Que no concibe simplemente al amor más elevado como una afectación, sino como una forma activa que surge del deseo de lograr un entendimiento claro y distinto del objeto más perfecto que puede ser amado. Aunque, en muchos casos, este objetivo puede llegar a ser una aspiración más que una realidad práctica.

² Esta forma de amar es ampliamente criticada por Fromm en *El arte de amar*. Incluso sostiene que no merece ser llamada amor.

precisamente en este proceso de cambio y pulimento de sí (que no prescinde de la importancia del vínculo con lo material y de la manera en cómo se ama) donde radica la mayor dificultad de esta senda.

En el ámbito de lo simbólico, podría decirse que equivale a una muerte del antiguo yo, de la tendencia a dejarse llevar tan solo por las pasiones, las opiniones y el apetito de los bienes inseguros. Este hecho también implica un cambio de actitud de quienes asumen un compromiso auténtico con el bienestar del otro y la propia satisfacción de actuar en armonía con la naturaleza, lo cual no deja de representar un gran beneficio.

El amor es una cosa difícil, y es más difícil que otras cosas, porque en otros conflictos la propia naturaleza exhorta al hombre a concentrarse, a reunir todas sus fuerzas con firmeza, con energía, mientras que en la intensificación del amor el estímulo consiste en darse todo. (Rilke, 2008: 109).

Sin embargo, ese dar todo es también recibirlo todo: la libertad que no está subordinada, como nuestras vidas, a la causalidad. No tiene que ver con una especie de vocación al padecer, al sacrificio, sino más bien con la expresión y reafirmación de nuestra potencia a través de la actividad de la mente. Pues no está sometido quien intenta desprenderse del yugo de la exterioridad, de la identidad impuesta sobre sí y sobre otros al estudiar y concebir el mundo, Dios, la vida y la muerte.

...se considera "pasivo" a un hombre que está sentado, inmóvil y contemplativo, sin otra finalidad o propósito de experimentarse a sí mismo y su unicidad en el mundo porque no "hace" nada. En realidad, esa actitud de concentrada meditación es la actitud más elevada, una actividad del alma, y sólo es posible bajo la condición de libertad e independencia interiores. (Fromm, 1996: 43).

De acuerdo con Spinoza, así es como deben amar los sabios que pretenden llegar al conocimiento de Dios, mediante la gesta y consecución de ideas adecuadas, lo que, a su vez, ha de tener un efecto más allá del mundo de las ideas o estados mentales. Entre quienes encuentran en esta actividad su motivación, se podrían contar algunos de los más fervorosos amantes, cada vez más ávidos en su empeño, quizá muy a pesar de su aparente frialdad y desinterés por otra cosa que no sea el estudio o los

trabajos de la razón. Puesto que “Cuanto más apta es el alma para entender las cosas según el tercer género de conocimiento, tanto más desea entenderlas según dicho género.” (E5: 26).

En el *Tratado teológico-político*, Spinoza (movido acaso por ese sentimiento de amor al saber) intenta resolver la problemática, tan común durante la Edad Media, que representó el intento de conciliar la filosofía con las enseñanzas reveladas en los libros sagrados de la tradición abrahámica, de conciliar la fe y la razón, la superstición y la lógica. Esto lo hace con el fin de identificar y separar, muy a la manera de los estudiosos de épocas anteriores, la opinión o conocimiento incierto del conocimiento fundamentado, con un enfoque que se orienta hacia la investigación científica y se fundamenta en el abandono de la supremacía del yo, otra manera de esclavitud.

Siglos antes, Isidoro de Sevilla se planteaba esta posibilidad, influenciado por los trabajos de sus predecesores. De acuerdo con sus *Etymologiae*, la ciencia se da cuando se puede dar cuenta y fundamento de una cosa, la opinión cuando ese objeto no se ha delimitado, se desconoce y por ello no puede darse cuenta de este (San Isidoro, Etimologías, II, 24: 2).

Para ambos estudiosos, Spinoza e Isidoro de Sevilla, estos conceptos no son simplemente opuestos, sino que interactúan y pueden converger en ciertos contextos. Sin embargo, según Spinoza, es crucial liberar el entendimiento del imperio de las opiniones mientras se busca alcanzar el amor intelectual de Dios. Este amor implica un proceso de autodesarrollo íntimamente ligado a la mejora de la capacidad del individuo para conocer la naturaleza. Como señala Cadavid, “de la perfección del conocimiento depende la perfección del amor en tanto que si aquel es capaz de conocer un mejor objeto, entonces es capaz de presentar ante el amor un mejor objeto.” (2018: 5).

Resulta imperioso —aunque también difícil— irse desprendiendo, mediante nociones comunes y procesos deductivos, de todo cuanto contribuye a tener ideas inadecuadas. Tales como la concepción de la caza propuesta por autores como

Ovidio (2021), quien sostiene que, con arte y maña, es posible conquistar cualquier ‘presa’ en el ámbito amoroso; o, en el terreno religioso, la creencia en la veracidad de los milagros y la validez de las profecías, asumidas como verdades incuestionables en ciertas interpretaciones erróneas del texto bíblico que recurren a explicaciones sobrenaturales; cuando, en realidad, estas enseñanzas deberían interpretarse a la luz de un conocimiento adecuado de la naturaleza.

Desde la óptica de la teoría spinoziana, quien decide emprender esta tarea, debe llegar a entender las Sagradas Escrituras de la misma manera en la que puede entenderse la naturaleza. El filósofo, movido acaso por el amor hacia el conocimiento de lo divino, en el capítulo VII del *Tratado teológico-político*, establece un procedimiento que guarda correspondencia con el método geométrico expuesto en la *Ética*³, capaz de evitar el error de interpretar para confirmar la propia opinión o la de otros y la discordia que esto genera, susceptible de ser comprendido no sólo por filósofos, “cuya norma de interpretación no debe ser nada más que la luz natural, común a todos, y no una luz superior a la naturaleza ni ninguna autoridad externa” (TTP, VII: 117). Este método consiste, en primer lugar, en desestimar todo aquello que resulte ser ajeno al texto en cuestión, incluyendo los juicios, prejuicios y valoraciones propias.

Si se pretende un verdadero conocimiento de la palabra de Dios, es necesario no dejarse llevar por pasiones y ambiciones, pues, en el fondo, lo que mueve este deseo es algo mucho mayor, la promesa de una felicidad sin turbación. Más que un placer de orden supremo, la posibilidad de progresar en la visión.

Impulsados por esta idea, se ha de continuar con la delimitación y el estudio de la historia de la Escritura, la cual debe contemplar la naturaleza y las propiedades de la lengua de partida, en este caso, el hebreo. Luego, es menester recopilar las opiniones de cada libro y organizarlas según temas y nociones comunes. También, se

³ Consiste, principalmente, en comenzar por lo general para, así, llegar hasta lo particular (Cadavid, 2018).

anotarán aquellos planteamientos oscuros, teniendo presente que habrán de retomarse a su debido tiempo.

La interpretación de estas opiniones se realizará considerando su sentido literal, siempre y cuando no lleguen a negarse los principios extraídos con anterioridad, los axiomas y deducciones. En caso contrario, lo más aconsejable desde la perspectiva de Spinoza sería considerar su sentido metafórico.

Por otro lado, esta historia como punto de partida también habrá de incluir la descripción de los avatares de todos los profetas, elementos como su vida, obra, contexto. Lo cual ha de facilitar, si este fuera el caso, el descubrimiento de la corrupción de algún pasaje.

El siguiente paso consiste en buscar aquellas sentencias menos universales, referidas a la virtud y a la práctica de vida y abordar cualquier interrogante —si la hubiere— bajo la luz de la doctrina universal de la escritura.

Por último, se ha de trabajar con los contenidos más oscuros, siguiendo el mismo patrón ante la duda. Mas, aunque sea necesario partir siempre de lo más universal, no es posible dar cuenta de todos los contenidos especulativos gracias a la mera comparación con aquellos pasajes más claros de la Escritura.

Hay que averiguar, después, qué es el milagro y proseguir con las nociones más comunes. Hay que descender, a continuación, a las opiniones de cada profeta y pasar, finalmente, a partir de ahí, al sentido de cada revelación o profecía, de cada historia y de cada milagro. (TTP, VII, G: 104).

Quizá, de este método para acercarse al conocimiento de la palabra de Dios puede aplicarse al amor la comprensión de que, en su forma activa, debe ir más allá de las pasiones, opiniones y ambiciones superficiales. También la necesidad de identificar, delimitar y gestionar procesos. Al igual que se estudian las Escrituras con reflexión, contexto y paciencia, el amor también requiere un proceso continuo de observación, análisis y comprensión profunda.

Ahora bien, pese a la relativa facilidad con la que la persona diligente y sin ánimos de corromper las Escrituras puede seguir este método, como hemos dicho antes, se necesitan más que instrucciones. Es necesario poseer una disposición de

ánimo, cuya fortaleza puede depender en mucho de los límites que nos imponga la exterioridad. Una característica que no todos poseen por igual, especialmente si en sus mentes predominan ideas confusas, incluso cuando tienen acceso a herramientas adecuadas para alcanzar la madurez intelectual.

La idea clara y distinta es el efecto normal de la cura, no el remedio para curarse. Y el conocimiento espinosiano sólo nos conduce a la visión de la concatenación necesaria, de la inmanente divinidad de todo, y a decir: soy así porque soy así. No se trata de ideas complicadas por clarificar, si no la divina necesidad se permitiría algunas bromas. A un amante desesperado la Ética le sirve tanto como un tratado sobre las piernas a un amputado. El amputado quiere sus piernas, no una idea adecuada del tajo de las piernas. Sublime, armoniosísima naturaleza muerta del *Seicento* holandés, la Ética sólo puede curar a unos pocos sanos. (Ceronetti, 2005: 3-4).

No todos los seres humanos tienen la posibilidad de conocer y amar adecuadamente en toda circunstancia, puesto que existen causas que los limitan y rebasan. Siempre habrá alguien que, por más que quiera ser diferente, mucho más sabio y sereno, alguien que quiera dejar de padecer descontroladamente a causa de la continua composición y descomposición que generan las relaciones con otros cuerpos, esté condenado a sufrir las pasiones que esto suscita, y termine perdiéndose reiteradamente en el laberinto de la exterioridad, la inconformidad y la carencia, de las emociones desbocadas que suelen acompañar al amor por las cosas simples o, por el contrario, de la inocente pretensión de llegar a suprimir el amor que se ha dado como cosa natural, queriendo escapar sin consecuencias de sus emociones y, a fin de cuentas, del acto de conocer. Actitud que no supera la del amante o el amado que se debate entre la esperanza (de que la fortuna cambie a favor de las partes involucradas) y el miedo, quien voluntariamente toma un veneno esperando sanar.

Lo mismo ocurre con el amor hacia bienes contingentes, al que se llega también por un exceso de vulnerabilidad ante las exigencias de una identidad que se nos impone, así como por la falta de conciencia que debería llevarnos a reafirmar nuestra condición de individuos capaces de incrementar nuestra potencia intelectual y física. “Si quienes aman las cosas perecederas, que aún tienen algún ser, son tan

miserables, ¡cuánto no lo serán quienes aman los honores, las riquezas y los placeres, que no tienen en absoluto esencia alguna” (TB II, 5: 111).

Resulta evidente que, para Spinoza, no se puede experimentar plena felicidad en ese estado, aferrándose a cuanto es inconstante, ya que la dicha puede acabarse o interrumpirse. Por ello, dentro de su sistema es crucial intentar conocer ese objeto que supera lo anterior, que es mucho más digno de ser amado. Al hacerlo, se ha de lograr una mejoría tanto en la condición y manera de vivir como en la potencia y las aptitudes intelectuales. Llegado este punto, es posible hablar no solo de un cambio en el sujeto, sino también de una transformación del afecto, pues “un afecto que es pasión, deja de ser pasión tan pronto como formamos de él una idea clara y distinta” (E3: 2).

Ahora bien, es importante tener en cuenta que la única manera de avanzar es mediante la razón. Pero no de una razón sin rumbo, sino de un conocimiento surgido de la necesidad de la comprensión adecuada de la realidad. Este conocimiento debe estar respaldado por un método fundamentado en una elección consciente, un interés genuino o una receptividad que oriente el pensamiento, uno que al final permita prescindir de la razón, con el fin de experimentar un conocimiento directo y espontáneo de la esencia de las cosas en su conexión con Dios a través de la intuición. Porque un razonar desordenado y confuso no se diferencia en mucho de las pasiones que nos mueven a buscar la unión con lo “semejante”, y no con lo que resulta más conveniente. O, en el ámbito de la comunidad, a perder de vista lo que es verdaderamente importante en la vida y en la política⁴. A ser fáciles de manipular como quienes creen en las revelaciones sin fundamento, debido al temor a perder lo transitorio, y, finalmente, a la inestabilidad política y social que resulta de la inconformidad y la ignorancia de quien ama sin considerar más que su fuero interno. Quien a menudo es incapaz de tomar la distancia necesaria respecto al objeto, lo cual es esencial para aplicar un método adecuado, e implica reflexionar

⁴ Dentro de esta categoría pueden mencionarse la estabilidad, la concordia y la existencia de un poder unificador fundamentado en la razón y no en la autoridad religiosa o revelación.

sobre el entramado de causas que lo determinan y permiten concebir su existencia no sólo como necesaria, sino también como perfecta. Este enfoque es esencial para pasar de un afecto pasivo y triste a uno pasivo y alegre.

Es así como en la propuesta spinoziana amor y conocimiento se entrelazan con el fin de lograr ese objetivo, reconfigurando no solo nuestra relación con los demás seres humanos, sino también con nosotros mismos y el carácter necesario del universo. Como bien señala Arendt:

La comprensión es la otra cara de la acción, esto es, de aquella forma de cognición, distinta de muchas otras, por la que los hombres que actúan pueden finalmente aceptar lo que irrevocablemente ha ocurrido y reconciliarse con lo que inevitablemente existe. (1995: 44).

Sin embargo, cabe preguntarse si parte de eso que se concibe como necesario no corresponde en Spinoza con la manera en la que solemos amar las cosas simples o contingentes, incluso cuando intentamos dirigir nuestros esfuerzos hacia la adecuada comprensión de la naturaleza mediante la consecución de esfuerzos tanto físicos como mentales. “Tal vez porque el ser humano apetece más de la intranquila sacudida amorosa, ese amor jarocho, que satisface las ilusiones y espejismos del yo, que de la clara tranquilidad de la satisfacción del reconocimiento de la perfección.” (Rojas, 2024: 142).

2. Conclusión

Siempre existe la posibilidad tan temida de que el conocimiento venga acompañado de vínculos que prioricen la correspondencia afectiva, el apego a las cosas singulares, la dependencia emocional y la mezcla de miedo y tristeza en un lazo que originalmente nace de la alegría. Condición que Saint-Exupéry, en su obra *El principito*, expresa de manera tan apropiada bajo el nombre de domesticación. No obstante, para el autor de este simpático libro, la situación no parece tan

desalentadora, como lo es intentar sortear el riesgo inevitable que acompaña al acto de conocer.

A su vez, surge la duda de si, inmersos en esa desconexión propia de la individualidad que a menudo domina la conciencia, es posible amar adecuadamente no solo a un ser humano, conocerlo adecuadamente, sino también a la naturaleza misma. ¿Cómo llegar a conocer lo general cuándo incluso el conocimiento de lo particular presenta tantos obstáculos? Quizá, en el fondo, el problema no sea tanto una cuestión de los límites de cierta condición, de preferencia (por lo menos no plenamente consciente) o de apego hacia una manera de amar sádica o masoquista, como diría Fromm, sino de potencia, un problema que Spinoza nos invita a resolver abandonando el encierro en nosotros mismos, incrementando nuestra capacidad de conocer y amar adecuadamente.

Referencias.

- Arendt, Hannah. (1995). *De la historia a la acción*. Barcelona: Paidós.
- Cadivi, J., y A. Autor. 2018. *Amor, conocimiento y método: Propuesta de una relación de propiciamiento entre el amor y el método en la ética de Spinoza* [Trabajo para optar por título de Licenciado en Filosofía]. UPN.
- Ceronetti, Guido. 2005. *La linterna del filósofo*. Milán: Adelphi.
- Fromm, Erich. (2003). *El arte de amar*. Barcelona: Paidós.
- Ovidio. (2021). *Amores. Arte de amar. Sobre la cosmética del rostro femenino. Remedios contra el amor* (V. Cristóbal López, Trad.). Editorial Gredos.
- San Isidoro de Sevilla. 2004. *Etimologías*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.
- Rojas Peralta, S. (2022). "Amor Jarocho". Una aproximación al amor. En S. Rojas (Ed.), *Elizabeth Muñoz. Filosofía* (pp. 113-148). Editorial de la Sede del Pacífico, Universidad de Costa Rica.
- Spinoza, Baruch. (2018). *Ética*. Madrid: Alianza.
- Spinoza, Baruch. (2014). *Tratado teológico-político*. Madrid: Alianza.
- Spinoza, Baruch. (1990). *Tratado breve*. Madrid: Alianza.
- Rilke, Rainer Maria. (2008). *Sobre el amor*. Madrid: Alianza.